

PIPI.

Pero deje usted, que aunque es la primera que le representan, me parece á mí que ha de dar golpe.

D. ANTONIO.

¿Con que es la primera?

PIPI.

La primera. Si es mozo todavía. Yo me acuerdo.... Habrá cuatro ó cinco años que estaba de escribiente ahí en esa lotería de la esquina, y le iba muy ricamente; pero como despues se hizo page, y el amo se le murió á lo mejor, y él se habia casado de secreto con la doncella, y tenia ya dos criaturas, y despues le han nacido otras dos ó tres; viéndose él asi, sin oficio ni beneficio, ni pariente ni habiente, ha cogido y se ha hecho poeta.

D. ANTONIO.

Y ha hecho muy bien.

PIPI.

Pues ya se ve: lo que él dice, si me sopla la musa, puedo ganar un pedazo de pan para mantener aquellos angelitos, y asi ir trampeando hasta que Dios quiera abrir camino.

ESCENA II.

DON PEDRO. DON ANTONIO. PIPÍ.

D. PEDRO.

Café.

*(Don Pedro se sienta junto á una mesa distante de Don Antonio: Pipí le servirá el café.)*

PIPI.

Al instante.

D. ANTONIO.

No me ha visto.

PIPI.

¿Con leche?

D. PEDRO.

No. Basta.

PIPI.

¿Quién es este?

*(Al retirarse, despues de haber servido el café á Don Pedro.)*

D. ANTONIO.

Este es Don Pedro de Aguilar: hombre muy rico, generoso, honrado, de mucho talento; pero de un carácter tan ingénuo, tan sério y tan duro, que le hace intratable á cuantos no son sus amigos.

PIPI.

Le veo venir aqui algunas veces; pero nunca habla, siempre está de mal humor.

## ESCENA III.

DON SERAPIO. DON ELEUTERIO. DON PEDRO. DON ANTONIO. PIPÍ.

D. SERAPIO.

¡Pero, hombre, dejarnos así!

*(Bajando la escalera, salen por la puerta del foro.)*

D. ELEUTERIO.

Si se lo he dicho á usted ya. La tonadilla que han puesto á mi funcion no vale nada, la van á silbar, y quiero concluir esta mia para que la canten mañana.

D. SERAPIO.

¿Mañana? ¿Con que mañana se ha de cantar, y aun no estan hechas ni letra ni música?

D. ELEUTERIO.

Y aun esta tarde pudieran cantarla, si usted me apura. ¿Qué dificultad? Ocho ó diez versos de introduccion, diciendo que callen y atiendan, y chitito. Despues unas cuantas coplillas del mer-

cader que hurta, el peluquero que lleva papeles, la niña que está opilada, el cadete que se baldó en el portal: cuatro equivoquillos, &c., y luego se concluye con seguidillas de la tempestad, el canario, la pastorcilla y el arroyito. La música ya se sabe cuál ha de ser: la que se pone en todas: se añade ó se quita un par de gorgoritos, y estamos al cabo de la calle.

D. SERAPIO.

¡El diantre es usted, hombre! todo se lo halla hecho.

D. ELEUTERIO.

Voy, voy á ver si la concluyo: falta muy poco. Súbase usted.

*(Don Eleuterio se sienta junto á una mesa inmediata al foro: saca de la faltriquera papel y tintero, y escribe.)*

D. SERAPIO.

Voy allá; pero....

D. ELEUTERIO.

Sí, sí, váyase usted; y si quieren mas licor, que lo suba el mozo.

D. SERAPIO.

Sí, siempre será bueno que lleven un par de frasquillos mas. Pipí.

PIPI.

Señor.

D. SERAPIO.

Palabra.

*(Don Serapio habla en secreto á Pipi, y vuelve á irse por la puerta del foro: Pipi toma del aparador unos frasquillos, y se va por la misma parte.)*

D. ANTONIO.

¿Cómo va, amigo Don Pedro?

*(Don Antonio se sienta cerca de Don Pedro.)*

D. PEDRO.

¡Oh, señor Don Antonio! No habia reparado en usted. Va bien.

D. ANTONIO.

¿Usted á estas horas por aqui? Se me hace extraño.

D. PEDRO.

En efecto lo es; pero he comido ahí cerca. A fin de mesa se armó una disputa entre dos literatos que apenas saben leer. Dijeron mil despropósitos, me fastidié, y me vine.

D. ANTONIO.

Pues: con ese genio tan raro que usted tie-

ne, se ve precisado á vivir como un ermitaño en medio de la corte.

D. PEDRO.

No por cierto. Yo soy el primero en los espectáculos, en los paseos, en las diversiones públicas: alterno los placeres con el estudio: tengo pocos, pero buenos amigos, y á ellos debo los mas felices instantes de mi vida. Si en las concurrencias particulares soy raro algunas veces, siento serlo; pero ¿qué le he de hacer? Yo no quiero mentir, ni puedo disimular, y creo que el decir la verdad francamente es la prenda mas digna de un hombre de bien.

D. ANTONIO.

Sí; pero cuando la verdad es dura á quien ha de oirla, ¿qué hace usted?

D. PEDRO.

Callo.

D. ANTONIO.

¿Y si el silencio de usted le hace sospechoso?

D. PEDRO.

Me voy.

D. ANTONIO.

No siempre puede uno dejar el puesto, y entonces.....

D. PEDRO.

Entonces digo la verdad.

D. ANTONIO.

Aquí mismo he oído hablar muchas veces de usted. Todos aprecian su talento, su instrucción y su probidad; pero no dejan de extrañar la aspereza de su carácter.

D. PEDRO.

¿Y por qué? Porque no vengo á predicar al café. Porque no vierto por la noche lo que leí por la mañana. Porque no disputo, ni ostento erudición ridícula, como tres, ó cuatro, ó diez pedantes que vienen aquí á perder el día, y á excitar la admiración de los tontos y la risa de los hombres de juicio. ¿Por eso me llaman áspero y extravagante? Poco me importa. Yo me hallo bien con la opinión que he seguido hasta aquí de que en un café jamás debe hablar en público el que sea prudente.

D. ANTONIO.

¿Pues qué debe hacer?

D. PEDRO.

Tomar café.

D. ANTONIO.

¡Viva! Pero hablando de otra cosa, ¿qué plan tiene usted para esta tarde?

D. PEDRO.

A la comedia.

D. ANTONIO.

¿Supongo que irá usted á ver la pieza nueva?

D. PEDRO.

¿Qué, han mudado? Ya no voy.

D. ANTONIO.

¿Pero, por qué? Vea usted sus rarezas.

*(Pipi sale por la puerta del foro con salvilla, copas y frascillos que dejará sobre el mostrador.)*

D. PEDRO.

¿Y usted me pregunta por qué? ¿Hay más que ver la lista de las comedias nuevas que se representan cada año, para inferir los motivos que tendré de no ver la de esta tarde?

D. ELEUTERIO.

¡Hola! Parece que hablan de mi función.

*(Escuchando la conversacion de Don Antonio y Don Pedro.)*

D. ANTONIO.

De suerte que, ó es buena, ó es mala. Si es buena, se admira y se aplaude; si por el contrario, está llena de sandeces, se ríe uno, se pasa el rato, y tal vez.....

D. PEDRO.

Tal vez me han dado impulsos de tirar al teatro el sombrero, el baston y el asiento, si hubiera podido. A mí me irrita lo que á usted le divierte. (*Guarda Don Eleuterio papel y tintero: se levanta, y se va acercando poco á poco, hasta ponerse enmedio de los dos.*) Yo no sé: usted tiene talento, y la instruccion necesaria para no equivocarse en materias de literatura; pero usted es el protector nato de todas las ridiculeces. Al paso que conoce usted y elogia las bellezas de una obra de mérito, no se detiene en dar iguales aplausos á lo mas disparatado y absurdo; y con una rociada de pullas, chufletas é ironías, hace usted creer al mayor idiota que es un prodigio de habilidad. Ya se ve, usted dirá que se divierte; pero amigo.....

D. ANTONIO.

Sí señor que me divierto. Y por otra parte, ¿no sería cosa cruel ir repartiendo por ahí des-

engaños amargos á ciertos hombres, cuya felicidad estriba en su propia ignorancia? ¿Ni cómo es posible persuadirles.....

D. ELEUTERIO.

No, pues..... Con permiso de ustedes. La funcion de esta tarde es muy bonita, seguramente: bien puede usted ir á verla, que yo le doy mi palabra de que le ha de gustar.

D. ANTONIO.

¿Es este el autor?

(*Don Antonio se levanta y despues de la pregunta que hace á Pipí vuelve á hablar con Don Eleuterio.*)

PIPI.

El mismo.

D. ANTONIO.

¿Y de quién es? ¿Se sabe?

D. ELEUTERIO.

Señor: es de un sugeto bien nacido, muy aplicado, de buen ingenio, que empieza ahora la carrera cómica; bien que el pobrecillo no tiene proteccion.

D. PEDRO.

Si es esta la primera pieza que da al tea-

tro, aun no puede quejarse: si ella es buena, agrada-  
rá necesariamente, y un gobierno ilustrado co-  
mo el nuestro, que sabe cuanto interesan á una  
nacion los progresos de la literatura, no dejará  
sin premio á cualquiera hombre de talento, que  
sobresalga en un género tan difícil.

D. ELEUTERIO.

Todo eso va bien; pero lo cierto es que el  
sugeto tendrá que contentarse con sus quince do-  
blones que le darán los cómicos (si la comedia  
gusta) y muchas gracias.

D. ANTONIO.

¿Quince? Pues yo creí que eran veinte y cinco.

D. ELEUTERIO.

No señor: ahora en tiempo de calor no se da  
mas. Si fuera por el invierno, entonces....

D. ANTONIO.

¡Calle! ¿Con que en empezando á helar, va-  
len mas las comedias? Lo mismo sucede con los  
besugos.

*(Don Antonio se pasea. Don Eleuterio unas veces le dirige  
la palabra y otras se vuelve hácia Don Pedro, que no le contesta,  
ni le mira. Vuelve á hablar con Don Antonio, parándose ó  
siguiéndole: lo cual formará juego de teatro.)*

D. ELEUTERIO.

Pues mire usted, aun con ser tan poco lo  
que dan, el autor se ajustaría de buena gana,  
para hacer por el precio todas las funciones que  
necesitase la compañía; pero hay muchas envi-  
dias. Unos favorecen á este, otros á aquel, y es  
menester una tecla para mantenerse en la gracia  
de los primeros vocales, que.... ¡Ya, ya! Y  
luego, como son tantos á escribir y cada uno  
procura despachar su género, entran los empe-  
ños, las gratificaciones, las rebajas.... Ahora  
mismo acaba de llegar un estudiante gallego con  
unas alforjas llenas de piezas manuscritas: come-  
dias, follas, zarzuelas, dramas, melodramas, loas,  
sainetes.... ¿Qué sé yo cuanta ensalada trae allí?  
Y anda solicitando que los cómicos le compren  
todo el surtido, y da cada obra á trescientos rea-  
les una con otra. ¡Ya se ve! ¿Quién ha de poder  
competir con un hombre que trabaja tan barato?

D. ANTONIO.

Es verdad, amigo. Ese estudiante gallego ha-  
rá malísima obra á los autores de la corte.

D. ELEUTERIO.

Malísima. Ya ve usted cómo estan los co-  
mestibles.

D. ANTONIO.

Cierto.

D. ELEUTERIO.

Lo que cuesta un mal vestido que uno se haga.

D. ANTONIO.

En efecto.

D. ELEUTERIO.

El cuarto.

D. ANTONIO.

¡Oh! sí, el cuarto. Los caseros son crueles.

D. ELEUTERIO.

Y si hay familia.

D. ANTONIO.

No hay duda, si hay familia es cosa terrible.

D. ELEUTERIO.

Vaya usted á competir con el otro tuno, que con seis cuartos de callos y medio pan tiene el gasto hecho.

D. ANTONIO.

¿Y qué remedio? Ahí no hay mas sino armar el hombro al trabajo: escribir buenas piezas, darlas muy baratas, que se representen, que

aturdan al público, y ver si se puede dar con el gallego en tierra. Bien que la de esta tarde es excelente, y para mí tengo que....

D. ELEUTERIO.

¿La ha leído usted?

D. ANTONIO.

No por cierto.

D. PEDRO.

¿La han impreso?

D. ELEUTERIO.

Sí señor. ¿Pues no se habia de imprimir?

D. PEDRO.

Mal hecho. Mientras no sufra el examen del público en el teatro, está muy expuesta, y sobre todo, es demasiada confianza en un autor novel.

D. ANTONIO.

¿Qué! No señor. Si le digo á usted que es cosa muy buena. ¿Y dónde se vende?

D. ELEUTERIO.

Se vende en los puestos del diario, en la li-  
TOMO II. 14